

GRACIÁN, Baltasar, *El Discreto*, edición, introducción y notas de Aurora EGIDO, Madrid, Alianza Editorial («El Libro de Bolsillo», 1833), 1997, 369 páginas.

José Enrique LAPLANA GIL

Es posible que para algunos lectores curiosos, que no discretos, Baltasar Gracián, como Borges, sea ante todo un escritor que por su precisión lingüística y justeza conceptual proporciona citas, sentencias o, más propiamente, aforismos lapidarios para el lucimiento oratorio o pseudoerudito. También es posible que haya quien se conforme con la tópica caracterización de Gracián como jesuita y como aragonés, como si éstas fueran categorías que en sí mismas comportasen algún rasgo definitorio, para zanjar y despachar sin más la singularidad de un escritor que nos dejó una obra secularizada, mundana, intemporal y universal. Pero quien desee comprender y valorar la obra de Gracián en su justa medida deberá dejarse guiar, como hicieron los peregrinos de *El Criticón*, por un Descifrador que desvele los misterios que encierran todos sus escritos y que, en el caso de *El Discreto*, llegan hasta la puntuación, según encarece Manuel Salinas y advierte también el erudito Juan Francisco Andrés de Uztarroz en los preliminares del texto al indicar «que no basta leerle para comprenderle».

Esto es lo que ofrece la nueva edición realizada por Aurora Egido de este tratado que vio la luz por primera vez en la imprenta oscense de Juan Nogués en 1646, en el minúsculo formato manual de 16<sup>o</sup>, metáfora para el tacto de la concisión y contención expresiva de los tratados de Gracián. Lejos de la ligereza con que de vez en cuando se editan las obras de Gracián (quien requiere, como Cervantes, Góngora, Quevedo, Calderón o cierto Lope, largo tiempo de estudio, de trabajo y de ese «rumiar» lo digerido que envidiaba Gracián a los herbívoros), este *Discreto* aparece como fruto de muchos años de investigación de la editora que, tras numerosas publicaciones sobre el autor (véase simplemente *La rosa del silencio. Estudios sobre Gracián*, Madrid, Alianza Universidad, AU 851, 1996), aborda la tarea editorial con un resultado que recuerda la edición de Romera-Navarro de *El Criticón*, todo un clásico en la filología y en los estudios sobre Gracián.

Lo primero que cabe valorar en toda edición son los criterios que rigen la fijación del texto y el estudio de su historia editorial. En este sentido, el análisis de Aurora Egido pone de relieve lo que es «El secreto a voces» de la filología, que, si en la comedia homónima de Calderón se desvela en la primera palabra de cada verso, en las ediciones de los clásicos se recuerda en prólogos e introducciones: la carencia de ediciones críticas que analicen en profundidad los problemas ecdóticos y textuales de muchas obras, no sólo de autores menores o poco conocidos, sino también de los grandes nombres del Siglo de Oro, si bien es cierto que en los últimos años se va dejando atrás este pesado lastre. Por lo que respecta a *El Discreto*, descarta Aurora Egido la existencia de ediciones fantasma de la obra que se han perpetuado en repertorios bibliográficos y basa su edición en la primera: la oscense de 1646. El estudio de las ediciones posteriores desvela dos aspectos que me parecen relevantes: que la difusión de *El Discreto* fue mayor de lo que se suponía y estuvo sujeta a ciertos lances editoriales (como se deduce del anticipo del artículo de Jaime Moll citado en las pp. 136 y 142, notas 1 y 6, respectivamente) y que las ediciones barcelonesas de la obra, «a la catalana», fueron convenientemente despojadas de los fragmentos que podían herir susceptibilidades en el contexto histórico de la Guerra de Cataluña (puntualmente señalados en las notas a pie de página), en la que ese mismo año de 1646 había participado Gracián como capellán en el socorro de Lérida. Este último aspecto da pie para recordar de paso que Gracián, lejos de ser un jesuita perdido en alegorías morales casi metafísicas, fue, por el contrario, persona que se implicó con sus escritos en algunas de las cuestiones políticas más polémicas de su época (véase en este sentido R. JAMMES, «Baltasar Gracián y la política», en A. EGIDO, ed., *Política y Literatura*, Zaragoza, CAZAR, 1988, pp. 65-83), como también refleja *El Discreto* con la presencia del duque de Nochera y de veladas acusaciones a la política de Felipe IV. El texto se edita modernizando la puntuación (a falta de autógrafo que pudiera servir de guía) y la ortografía, pero conservando sus peculiaridades lingüísticas. Lo único que cabe lamentar es que razones de espacio hayan impedido la inclusión de un aparato crítico de variantes tras el trabajo de cotejo realizado, aunque sí se detallan las enmiendas al texto (p. 139, n. 5).

Precede a la edición del texto una densa introducción acompañada de 269 notas nutridas de erudición, «guardajoyas de la sabiduría» sin cuya presencia «ni tienen gusto ni substancia los discursos, ni las conversaciones ni los libros» según Gracián (*Agudeza y arte de ingenio*, discurso LVIII). Esta anotación y abundancia bibliográfica, más que desbordar al lector, que también lo hace, le sirve sobre todo, gracias a la amplitud de materias y perfiles que descubre cada referencia, para situar en su justa medida la profundidad y complejidad de una obra en la que se condensa, en un estilo lacónico y conciso sometido a una constante variación genérica, buena parte de la filosofía moral de la Antigüedad, del Renacimiento y del Barroco, un saber enciclopédico aquí quintaesenciado y encaminado a la formación de un hombre universal que encarne la discreción.

Comienza la introducción situando *El Discreto* en el contexto de la vida y la obra de Gracián: en lo biográfico, tras los primeros roces con sus superiores y el de-

sengaño que supuso el estallido de la Guerra de Cataluña, en cuyo fragor se diluyó su amigo y protector el duque de Nochera, pero todavía con la compensación del éxito de sus anteriores obras y la esperanza política depositada en el joven príncipe, Baltasar Carlos, a quien va dirigida la obra y que moriría en Zaragoza ese mismo año de 1646. En su obra, *El Discreto* corona el tríptico de tratados manuales configurado por *El Héroe* y *El Político*, que, sumados al *Arte de ingenio* (posteriormente ampliado y revisado en la *Agudeza y Arte de ingenio*), se proyectarán en el *Oráculo Manual* y en *El Criticón*, en un proceso de asimilación progresiva de toda su obra donde cada texto avanza sobre los otros, comprendiéndolos, y es sobrepasado por los textos posteriores, y que, como destaca Aurora Egido, explica la perpetua interrelación e intertextualidad que guardan entre sí las obras de Gracián. Dedicado y dirigido en gran medida a sus amigos aragoneses, que participan en la obra como interlocutores o destinatarios de los distintos realces, *El Discreto* es una obra que sobrepasa las fronteras de lo local y lo aragonés, porque, como dice la editora, reducirlo a los círculos aragoneses es minimizarlo. Ofrece Gracián en esta obra el modelo ideal del hombre de mundo, hombre de todas las horas y en todos los lugares, un modelo de comportamiento que enseña a vivir «a lo plático», en la vida cotidiana, regido por la mayor virtud: la discreción.

Y en este punto («Arte de discreción») incluye la editora una de las aportaciones más novedosas de su edición: una historia y caracterización del concepto de «discreción» que, remontándose a la Antigüedad grecolatina, a la patrística y a las figuras clave de santo Tomás y san Alberto Magno, permite valorar la singularidad del tratado graciano. Por una parte, se establece la frontera, permeable a veces, entre la virtud de la discreción y la virtud de la prudencia, distinción de la que Gracián era muy consciente, ya que dedicó otro libro, el *Oráculo Manual*, a esta última, aunque también es evidente la interconexión de ambas que refleja la red de correspondencias entre las dos obras del jesuita; por otra parte, la discreción es pieza clave que aleja el texto de Gracián de los manuales de cortesanía al estilo de *El Cortesano* o *El Galateo*, más atentos a las prendas exteriores del hombre en sociedad, es decir, a la urbanidad, que a la virtud interior que requiere el conocimiento de sí mismo para vivir después en el mundo, es decir, a la filosofía moral; por último, la discreción de Gracián se singulariza por carecer del más mínimo referente teológico o religioso, prosiguiendo la secularización ya presente en Cervantes y Damasio de Frías, y por afincarse tanto en lo humano que debió de chocar y escandalizar a muchos lectores y compañeros de orden del jesuita. Continúa la introducción con dos apartados en los que se describe y perfila el camino establecido por Gracián para acceder a la discreción: la búsqueda del conocimiento propio y la aplicación del saber en la elección, con todas sus implicaciones morales, aferrado siempre a la moral cívica de los filósofos paganos; y la búsqueda de un hombre universal en el que todo tenga su tiempo: la risa y el llanto, las burlas y las veras personificadas en Demócrito y Heráclito, con sus ecos en el Humanismo renacentista y con sus límites éticos y estilísticos.

Otra de las novedades de la introducción que creo especialmente relevante y que sin duda traerá cola, porque puede aplicarse al conjunto de la obra de Gracián y en particular a la *Agudeza y Arte de ingenio*, es la que aparece en los apartados «El cartapacio escolar» y «Dichos y hechos». En el primero de ellos se ofrece una explicación de las concordancias y redundancias temáticas, conceptuales y léxicas de toda la obra de Gracián a partir de la práctica docente y discente del «cartapacio», cuaderno en blanco en el que se iba anotando y clasificando alfabética y conceptualmente todo cuanto se consideraba relevante durante los estudios, y cuyo uso recomendaban Vives, Erasmo, Palmireno y tantos otros renovadores renacentistas de la enseñanza; por otra parte, la práctica y los ejercicios retóricos escolares de los *progymnasmata* ayudan a comprender la variedad genérica de *El Discreto*, obra en la que cada realce presenta una variación genérica sobre un mismo tema, la discreción, aunque se matice por una clara voluntad de unidad estilística de toda la obra, con una prosa marcada por el aticismo lacónico cuyo trasfondo retórico y filosófico se analiza con detalle en el último apartado («La virtud de la elocuencia»). Únicamente cabría añadir que la práctica de los cartapacios, más allá de su uso escolar, también tuvo una amplísima difusión entre los predicadores, como se aprecia en las recomendaciones de ilustres preceptistas de la oratoria sagrada, como Terrones, siempre alabado por Gracián, quien también fue predicador de mérito según los testimonios con los que contamos; no obstante, el grado de mundanización y secularización de la obra de Gracián obliga a ser cautos en este aspecto, excepto, tal vez, en lo que concierne a la *Agudeza*.

Tras el análisis de la presencia de la tradición de los «dichos y hechos» en Gracián, con su peculiar aplicación al contexto de la discreción, Aurora Egido analiza en los siguientes apartados («Agudeza compuesta» y «La agradable variedad») la tradición y aplicación graciana de todos y cada uno de los géneros con los que el jesuita subtítulo los veinticuatro primeros reales de su obra (problema, emblema, diálogo, carta, elogio, panegírico, apología, invectiva, crisis, alegoría, razonamiento académico, memorial, apólogo, sátira, fábula), ya que el vigésimo quinto y último, «culto repartición de la vida de un discreto», carece de asignación a ningún género concreto, detalle que lo singulariza del resto y que resulta todavía más llamativo si tenemos en cuenta que en él se halla el germen de *El Criticón*, obra única en su «género».

El texto, pulcramente editado pese a algunas pequeñas erratas,<sup>1</sup> se complementa con 462 notas que son prolongación y ramificación de todos y cada uno de los aspectos analizados en la introducción y en las que se especifican caso a caso las dificultades léxicas, las referencias históricas, las fuentes de los aforismos, apotegmas, fábulas, emblemas y demás lugares comunes (en la acepción retórica del tér-

<sup>1</sup> Que no son más que saltos de letras («sagacidd», p. 224; «primitva», p. 294) o saltos de números (p. 135, n. 1: remite a p. 371 en lugar de 137; p. 150, n. 10, se refiere a la edición del *Arte de ingenio* de Madrid, Juan Sánchez, 1642; p. 325, n. 381, año 1613 en lugar de 1631).

mino) que configuran las fuentes de la *inventio* del jesuita, así como las cuestiones relativas a la *elocutio* y las constantes referencias intertextuales a otras obras de Gracián. Con ser numerosas, las notas podrían ser todavía muchas más, como indica Aurora Egido en la exposición de sus criterios textuales, lo que pone de relieve una vez más la complejidad que se oculta en el estilo preñado de Gracián, donde cada palabra y cada frase remiten de modo alusivo y elusivo a una o varias referencias eruditas y conceptos ingeniosos.

Gracián siempre necesita una glosa que desvele la complejidad de su obra. Es la presente una edición para leer con detenimiento y con pausa, para ir profundizando y penetrando poco a poco en el hipertexto graciano (si se me permite el neologismo informático) de la mano del Descifrador que encarna la editora. Si hubiera de destacar en un rasgo lo más importante de la presente edición para los estudios sobre Gracián, debería hacer hincapié en que en ella se recoge todo lo que ha aportado la crítica de los últimos años (y no sólo sobre Gracián), que no es poco, y se ofrece una nueva perspectiva de análisis que sin duda será muy tenida en cuenta a partir de este momento. Ha hecho bien la editora en seguir uno de los preceptos de *El Discreto* para realizar su trabajo: «Hácese uno, primero, señor de las materias, y después entra y sale con despejo» (II, «Del señorío en el decir y en el hacer», p. 175).